

La palidez amarillenta, serosa de la anémia aun no desaparece; esperad.

Cien avisos de cremas al bismuto, de blanco de perla, y de cascarilla de la Habana, se rien con su brevete de invencion de la ciencia médica.

Esperad aun, los cabellos caen como el pasto sin riego, esperad á que se fortalezcan, porque habiendo sangre....

Dos mil muertas se agitan en sus tumbas echando de menos sus cabelleras, que se quedaron en el mundo para dar mas guerra de lo que las mismas propietarias pudieran imaginarse.

Las que se van han adquirido la costumbre de dejar sus cabellos á sus sucesoras: no hay que apurarse por cabellos.

Esto no tiene remedio.

Sara y Ernestina crecian así, luchando, elaborándose, completándose, la cabeza con crepé de muerto, la tez con *aquarella*, la estatura con tacones, el cuerpo con cogines y la sangre con fierro.

Como eran ricas, tenian médico y ademas maestro de piano.

Sara y Ernestina cantaban y tocaban.

Pero las bases y condiciones constitucionales de la cantatriz, faltaban á las pollas. En aquellos pulmones no habia aire, el fuelle estaba comprimido y era insuficiente, y Ernestina cantaba una Traviata, para taparse los oidos. Su voz convencional no *atacaba* las notas, las *atrapaba*, *modulaba* pujando, *subia* chillando, *respiraba* jadeando, y

bajaba graznando; pero cantaba la Traviata segun todos los vecinos y segun ella misma.

Sara solia acompañarla al piano y algunos pollos solian formar la claqué.

De las tres bellas artes, la música es la que hace mas víctimas.

Se puede uno librar de un mal poeta y de un mal pintor, pero de un mal músico jamas.

Al pintor y al poeta los elude la voluntad, pero si un mal cantor se os para enfrente, armaos de resignacion: sus ensayos y sus *gallos* y todos sus mortales esfuerzos, pertenecen á todo el que tenga oídos.

El cantante no puede ocultar el borrador.

Los vecinos de un músico apechugan con los borradores y con las copias en limpio.

Por este grave inconveniente, Facundo abandonó la música: tuvo á tiempo compasion de su auditorio.

Ernestina no abandonó la música, al contrario, despues de la Traviata puso el vals de Ascher.

El papá y la mamá de Ernestina pasaban unos ratos deliciosos. No sabian música por supuesto.

Sara y Ernestina eran primas; pero tan iguales como si lo fueran de guitarra, tenian la misma voz, el mismo cuerpo, el mismo pié, tomaban las mismas píldoras, se bañaban juntas en la Alberca Pane y en Chapultepec y se querian mucho.

En cuanto á higiene, como el médico les habia recomendado muchas cosas buenas, iban á la Alameda al cla-

rear de las diez, se desvelaban y comian poco, oian misa de doce en Catedral los domingos, y en cuanto á instruccion, sabian hasta de memoria las Confesiones de Marion Delorme, las gracias de Ana de Austria y todo lo que se aprende de historia en las novelas de Ponson du Terrail.

Sara y Ernestina, estaban amenazando á la sociedad con convertirse de un dia á otro en madres de familia: por lo demas, eran caritativas, habian vestido á Concha segun sabe ya el lector.

Estas dos pollas finas, tenian muchas amigas, muchos pretendientes, muchas visitas y muchos deseos de no quedarse para vestir santos.

El médico llegó á juzgarlas tan faltas de sangre, que las obligó á desayunarse á la puerta de un matadero con sangre caliente de borrego; medicina en boga y por medio de la cual los hijos de Esculapio piden al ganado lanar lo que la raza gallinífera pierden cada dia.

Todo lo cual no impedia que Sara y Ernestina fueran dos pollas de moda, concurrentes asiduas á todas las funciones gratis, á todas las comedias de aficionados y á todos los bailecitos.

Una nube de pollos las rodeaba, y cada uno de ellos ponía su grano de arena en el curso teórico de amor; pero cada uno de ellos estaba muy léjos de formalizarse en tales asuntos.

La noticia de la muerte de Arturo, cayó en aquella parvada como un pellejo de carne.

—¿Qué dice V. que desgracia, Alberto? decia Ernesti-

na, ¡pobre Arturo, tan jóven, tan elegante y tan simpático!

—Que quiere V., hija, contestó Alberto con resignación de general en jefe; los hombres estamos en el mundo para eso ¡que diablo! un lance cualquiera lo tiene, yo me he batido dos veces.

—¿Es posible?

—¡Vaya!

—¿A ver, cuente usted eso?

—Tenía yo una chica, y cierto fastidioso me la quiso birlar en mis barbas; y no hubo mas, nos batimos.

—¿Y qué?

—Nada; despues supe que nuestros padrinos habian cargado las pistolas, retacándolas, para que subieran los tiros, y no nos hicimos nada.

—¡Ah! ¡así qué gracias!

—Pero, es que nosotros no lo sabiamos, y lo que es yo le confieso á usted, que tuve *mi cacho de cuidao*.

¿Y Sara? continuó el pollo, para cambiar de asunto.

—Le ha dado un ataque de nervios espantoso.

—¿Por la muerte de Arturo?

—Sí.

—¿Qué, lo queria?

—Vea usted, Arturo.....ya lo conocia usted, era muy enamorado y á Sara le decia unas flores que.....oiga usted.....se iban haciendo peligrosas.....figúrese usted que se trataban de esposos.

—¿Cómo?

—Sí; entraba Arturo y le decia á Sara: ¿Qué haces, esposa?

—¡Esposo, buenas noches! contestaba Sara, y así era siempre, y luego con una gracia que se despedía diciendo:

—¡Esposa, adios, bendita seas!

—¡Hombre! exclamó Alberto, ¡que bonito! voy á aceptar esa frase; con que..... Adios, esposa, bendita seas! ¡bueno! Yo tengo dos ó tres amigas á quienes les digo "esposa" y esta noche voy á despedirme así: ¡Adios, esposa, bendita seas!

—Arturo decia que eso se lo aprendió á Zorrilla.

—¿Con que decia usted que á Sara le dió ataque de nervios?

—Sí.

—¿Y cómo estuvo eso?

—Figúrese usted que le dan la noticia de sopeton y lo primero que hizo Sara fué caer como herida de un rayo.

—¿Y cómo cayó?

—En los brazos de su primo; vea usted que fortuna, que si no hubiese estado allí ese jóven, de seguro se mata Sara.

—¿Y luego?

—Eso fué retorcerse y voltear los ojos en blanco; vamos, una convulsion espantosa; vino el médico y Sara privada, y esto fué trabajo; por aquí sinapismos, por allí baño de brazos, álcali y frotaciones con cepillo; y vames, la escena fué terrible.

—¿Pero, se le pasó?

—Sí; pero todavía sigue tomando el valerianato de amoniaco; ¡pobre Sara!

—Sí, pobre Sara! ¿Y usted?

—Yo soy fuerte, me he enfermado también, pero no como Sara.

Todos los pollos en aquella casa se vistieron de luto y de la noche á la mañana y de la mañana á la noche no cesaban de hacer comentarios sobre la catástrofe, y algunos barbilindos sacando partido de las circunstancias, consideraron como muy favorable la de tener necesidad de consolar á las pollas aflijidas.

Consolar es siempre una misión grata, que se desempeña con gusto, especialmente cuando se trata de consolar pollas.

Uno de los principales triunfos de las virtudes, es que los vicios les usurpan su forma para cubrirse; Alberto por ejemplo, al saber la muerte de Arturo pensó en sustituirlo en el cariño de Sara; pero enamorarla durante el duelo hubiera sido torpe, de manera que Alberto se cifó á consolarla y tras de esta obra de misericordia tejía el pollo su red.

CAPÍTULO XIX.

LA ENSALADA SE SAZONA CON PIMIENTA Y SAL
Y SE REVUELVE.

TENIAIS muchísima razón, Mr. Honorato de Balzac, hombre privilegiado, profundo filósofo, gran conocedor de la sociedad, vos que con vuestro escalpelo literario disecásteis el corazón humano; vos que con vuestro talento superior supísteis introducir en el mundo espiritual, y revelar al mundo pensador los tenebrosos y complicados misterios del alma; teníais razón en pararos á meditar mudo y absorto, y de abismaros en la contemplación de este dédalo de misterios que se llama corazón humano. Prestadme algo de vuestra sublime inspiración, un ápice de vuestro ingenio, una sola

de vuestras penetrantes miradas, para contemplar á mi vez á mis personajes, pobres creaciones enjendradas en la noche de mis elucubraciones y de mis recuerdos.

Yo tambien suspiro por el mejoramiento moral, yo tambien deseo la perfectibilidad y el progreso humano; y escritor pigmeo, lucho por presentar al mundo mis tipos, á quienes encomiendo mi grano de arena con que concurro á la grande obra de la regeneracion universal.

De tan alta consideracion son las razones que me han obligado á escribir mi «Ensalada de pollos.»

Los pollos son la generacion que nos sucede, la semilla que ha de fructificar mañana, y la que atestiguará ante la posteridad, que los barbados de hoy no pasábamos de gallos tolerantes y olvidadizos para con la preciada prole, esperanza nuestra.

Nuestros pollos están emplumando á toda prisa, su canto es ronco con uno que otro falsete esprimido y chillon, y caminan sin detenerse en esa senda oscura, objeto de nuestras graves reflexiones.

Blanco, Prieto y Pardo están sueltos, están en libertad: sucedió lo que nos pensábamos, lo que pensaban los amigos del homicida.

Vamos á entrar en el relato de hechos de un órden superior, en pos de los pollos de esta ensalada. Al grano, porque el grano es necesario para los pollos.

Pio Blanco, Pio Prieto, Pepe y Pedrito, cuya pista habiamos perdido, están juntos.

Ocupan un simon, ¡terrible síntoma! este simon atra-

viesa á eso de las ocho de la mañana la plazuela de San Pablo.

Los pollos están vestidos de domingo, pero con traje de campo.

Dentro del simon vá una caja de vino, otra de puros y algunas latas de pescados en aceite.

Toman la direccion de la calzada de la Viga y llegan á la orilla del canal, que por ser la orilla y embarcarse allí los paseantes, se llama el embarcadero.

Arrástranse perezosamente en el fango mas de veinte canoas planas, cada una de las cuales tiene en su proa un marinero de agua dulce, de raza indígena pura, y que de náutica y océanos saben tanto como de latin: aquellos pilotos medios desnudos, ofrecen en tumultuosa algarabía sus embarcaciones al aproximarse el coche que conduce á los pollos.

Estos volaron, mas bien que saltaron, de la caja del coche al suelo.

El pollo suele omitir los escalones, los estribos, los pasamanos, los barrotes de las sillas y otras comodidades, porque su génio inquieto le dá algo de aéreo; son ájiles y la mayor parte de ellos gimnastas.

Habia dos especies de embarcaciones: unas, las que conoció Guatimotzin, sin la mas lijera reforma, quiere decir, con toldos de carrizo y petates y sin asiento: y otras con toldo de madera forrado de hojadelata y con asientos.

Los pollos eligieron una de estas últimas llamada *la Capitana*; porque á aquellas canoas puede faltarles qui-

lla, timon y hasta asientos; pero no les falta el nombre grabado en uno de sus costados.

El patron de la Capitana comenzó á aderezar su embarcacion con toda la gravedad de un buen servidor que se propone recibir á sus amos dignamente. De un pequeño cajon sacó unas súcias cortinas de brin que colgó á los lados del toldo, y vistió los asientos de las bancas con unos guarda-polvos de indiana: estendió un petate y en seguida enarboló la bandera nacional, de media vara cuadrada, sobre el toldo de la canoa.

La Capitana estaba empavesada.

Los pollos se precipitaron al interior empujándose y echándose agua unos á otros.

Al fin, cansados, quedaron en paz por un momento; pero bien pronto el ruido de un coche los hizo salir de la canoa y saltar á tierra.

—Ellas son, dijo Pio Blanco.

Efectivamente venian en un coche cuatro amigas de los pollos.

Estos se apresuraron á recibirlas.

—Buenos dias, Concha, dijo Pio Blanco á una de las recién venidas: ¡qué guapa vienes!

—¡Hola, Lupel qué bien te está esa red de estrellitas: pareces un cielo de Nacimiento, dijo Pedrito á otra de las convidadas.

Estas bajaron ostentando toda la exhuberancia de sus abultadísimas faldas de muselina de chillantes colores, y

comenzaron á colocar en la canoa canastos y bultos, que contenian las provisiones de un almuerzo.

A pocos momentos partió el coche hácia la ciudad, el barquero desatracaba su embarcacion, y bien pronto las cuatro parejas hendian tranquilamente las aguas del canal que conduce á Santa Anita y á Ixtacalco.

—Concha, tú eres el bello ideal de mis ensueños, decía Pio Blanco ofreciendo un vaso de cognac que alternativamente pasaba de mano en mano. Bebe, Concha, y bebamos todos para olvidar las pasadas desventuras.

Yo concibo en tí, dijo despues de una pausa, á la mujer perfecta, á la mujer en la plenitud de su libre albedrío. ¡Bendita seas!

—Explicame eso, dijo Concha.

—Es muy sencillo: odio las trabas, aborrezco la ley, detesto la prohibicion, no reconozco en ningun hombre el derecho de coaccion, soy libre por excelencia.

—Eso es porque tienes sangre de pájaro, dijo Pio Prieto.

—Tal vez, y como creo en la trasmigracion, siento en mí que he sido faisán.

—¿A quién le ocurrió eso de la trasmigracion? preguntó Pedrito.

—A un tal Pitágoras, dijo Pio Blanco.

—Era hombre de talento, exclamó Pedrito.

—Lupe ha de haber sido paloma, dijo Pio Prieto.

—¿Y yo? preguntó Andrea dirijiéndose á Pio Blanco.

—Tú, Andrea, tú eras una alondra.

—¿Qué animal es ese?

—La golondrina, gritó Pepe.

—Propongo un brándis por la libertad del preso, dijo Pepe.

—Sí, sí, por Pio Blanco, repitieron Pio Prieto y Pedrito.

—Por los valientes, dijo Pepe.

Y bebieron todos alternativamente hasta consumir el vaso de *cognac*.

Pio Blanco era entre los pollos el que gozaba de mas reputacion y aún le veian con cierta consideracion, reconociendo la superioridad de su ingenio y de su fuerza.

Pio Blanco hacia magníficas planchas en el trapecio, jugaba á 7 y 9 en los bolos, les daba una bola en el billar á los otros pollos, bebia mas, fumaba puro, tenia mas poblado el bigote, tenia varias novias, hacia versos y habia matado á Arturo; razones todas por las cuales Pio Blanco llevaba la voz, y sus decisiones eran admitidas casi como una órden, sin apelacion.

Concha era la mas bonita de las cuatro damas de aquel festin y su amistad con Pio Blanco era mas antigua.

La canoa acababa de atracar en Santa Anita y le salieron al encuentro varias indias vendedoras de flores y de lechugas.

Pepe tomó cuatro coronas de rosas y las ofreció á las señoras, quienes sin ceremonia coronaron sus sienes al ruido de las aclamaciones y los aplausos de los pollos.

Despues de una corta espera, la canoa siguió bogando á lo largo del canal con direccion á Ixtacalco.

Este pueblo, que es uno de los paseos favoritos de los habitantes de la capital y objeto de expresas visitas para los forasteros, conserva inalterable su aspecto desde tiempo inmemorial. La poderosa mano de la civilizacion lo respeta como un monumento raro, y no parece sino que está destinado este pueblo á esperar á orilla del canal á las generaciones venideras, á que vengan á contemplarlo como prenda arqueológica. Este pueblecito indígena por excelencia, atestigua la imperturbabilidad de sus aborígenes, y su muda protesta contra la civilizacion europea.

No pasa dia por Ixtacalco.

Se parece á esas personas á quienes deja uno de ver diez años, al cabo de los cuales sorprende no encontrarles ni una cana mas ni un diente ménos.

Ixtacalco es refractario al progreso.

Hasta sus árboles parecen estacionarios: son casi todos sauces, de la misma familia, escuálidos y en forma de escobas: parecen una série de admiraciones colocadas á los lados de las chozas que vieron nuestros antepasados.

Pero Ixtacalco es solicitado tambien desde tiempo inmemorial por los amantes: es el lugar de las citas amorosas y en el que se ha celebrado el cumpleaños de las nueve décimas partes de los habitantes de México.

No sabemos qué tiene de atractiva aquella soledad y aquel silencio que distinguen á Ixtacalco; no parece sino que las legumbres y las amapolas gustan de la sole-

dad como los poetas. Aquel es el reino de las lechugas, el emporio de los rábanos y las coles.

Sus jardines son á los de la ciudad, lo que los almacenes á las tiendas al menudeo.

Aquellos jardines singulares han considerado las flores como artículos de comercio, y huyendo de las variedades y los matices, emprenden la grave tarea de sembrar una fanega de amapolas ó tiran un almud de semilla de *espuela de caballero* ó una cuartilla de *mercadela*.

No forman ramilletes, sino tercios de flores, y representa una renta respetable el consumo de zempazochitl, de chícharo de olor y de otras flores cuyas especies no pasan de seis.

Las familias indígenas que pueblan aquel gran pantano convertido en hortaliza y almacén de flores, no viven mas que del producto de su cosecha.

Las aguas que dividen la multitud de cuadriláteros de tierra, que como otras tantas manzanas forman una ciudad de flores, legumbres y sauces espigados, ministran á los rústicos habitantes cultivadores una pesca abundante de pescaditos, ajolotes, acociles y ranas.

Los que visitan á Ixtacalco tienen el deber de recorrer las chinampas, de coronarse de flores y de saborear las aceitosas hojas de la lechuga.

A fuer de imparciales recordamos que algunos empresarios modernos han fabricado salones circulares á manera de palenques, destinados á las familias, que los toman en alquiler para días de campo.

Estos salones han visto mucho, hacen bien en no hablar, pero saben mas que un libro.

En estos salones se baila, se come y se ama.

En uno de ellos acababan de instalarse nuestras cuatro parejas.